

## El amor: un desafío para la teoría psicoanalítica

Luis Correa Aydo<sup>i</sup>

Entre los disparadores con los que APDEBA convoca este simposio, puede leerse el siguiente parafraseo al célebre título de R. Carver: “¿De qué hablamos los psicoanalistas cuando hablamos de amor?” Pregunta que enseguida nos remite a otra: ¿Qué escuchamos los psicoanalistas cuando nuestros pacientes hablan de amor? Es decir: ¿Cuáles son las herramientas teórico – conceptuales con las que el psicoanálisis piensa al amor? ¿Existe una teorización psicoanalítica del sentimiento amoroso? Se podrá argumentar que toda la cura psicoanalítica tiene uno de sus pilares en el sentimiento amoroso, amor de transferencia sí, pero amor al fin, diría Kristeva<sup>1</sup>. Sin embargo, aún en el resbaloso terreno de la transferencia, es necesario distinguir varias formas del amor (y también del odio, claro). En todo caso, lo que nos propondremos en esta contribución es dilucidar cómo entendemos – literalmente, cómo escuchamos - las historias de amor que nos son referidas en análisis.

La psicoanalista uruguaya Fanny Schkolnik<sup>2</sup> lo formula en los siguientes términos: “¿Podríamos decir que el amor es propiamente un concepto psicoanalítico? ¿O más bien tendríamos que aceptar que se refiere esencialmente a un registro de lo manifiesto, que refleja los cambios en las subjetividades en relación con la cultura, y que en la dimensión de lo inconsciente responde a las complejidades de la dinámica pulsional en las que, como dice Laplanche, se juega el papel de las pulsiones sexuales de vida que tienden a la ligazón y las de muerte que apuntan a la desligazón?” Si bien la autora parece inclinarse ante la segunda opción, intentaremos señalar que esto constituye más una carencia de la teoría, que una restricción prudente y necesaria. No negamos que el enamorado pueda ser visto como una suerte de “sujeto sintomático” (así lo define Barthes<sup>3</sup>), pero intentaremos mostrar que amar es algo más que dejar ver las huellas de los eventos emocionales que sentaron las bases del sujeto psíquico. Que hay en el amor a la vez algo que deviene como acontecimiento, algo radicalmente nuevo e inesperado, sin dejar de ser también y simultáneamente la ilusión de un reencuentro, un hallazgo o religazón con el objeto.

Claro que para ello es necesario situarse más allá de la mirada intrapsíquica y lidiar con una paradoja a la que le hemos dedicado poca atención. La experiencia amorosa supone una suerte de *alienación no patológica*, tal como sostiene en el libro *Todo el placer es mío* Monique

---

<sup>1</sup> Kristeva, Julia (1997), *Historias de amor*, México, Siglo XXI editores, p. 7.

<sup>2</sup> Schkolnik, Fanny, comunicación personal por mail, comentando otro trabajo del autor titulado “El amor en los tiempos del Psicoanálisis”, publicado en Encuentro con la historia institucional (2007), autores varios, Montevideo, AUDEEP - Psicolibros.

<sup>3</sup> Barthes, Roland (20013), *Fragments de un discurso amoroso*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, p. 17.

David- Ménard<sup>4</sup>, ya que no depende de ninguno de sus protagonistas, sino de la interacción entre ellos. Sin embargo – y en esto radica lo paradójico –es gracias a esa interdependencia que podemos alcanzar del modo más pleno la propia singularidad.

Para despejar esta paradoja nos servirá de auxilio la teorización acerca de la intersubjetividad, en especial las ideas de Jessica Benjamin<sup>5</sup>, de las cuales también nos ocuparemos en el trabajo.

Otra cuestión en la que vale la pena incursionar si intentamos entender mejor el sentimiento amoroso desde el psicoanálisis es su inseparable vínculo con el odio. Par dialéctico que en las teorizaciones freudianas alcanza un punto significativo en la formulación de la segunda teoría de las pulsiones, cuando se introduce el controvertido concepto de pulsión de muerte. Enseguida acuden a la mente otras antítesis que la citada convocatoria al simposio también recoge: amor y odio, amor y pasión, amor y locura, amor y fanatismo. No es un tema nuevo, por cierto. Ya en la Edad Media la Iglesia debía enfrentar el espinoso asunto de deslindar o vincular a la *caritas* cristiana, con el antiguo *eros* de los griegos. Domesticación de las pasiones, pero sin apagar del todo la llama que sostiene y multiplica la vida. Ante el dilema de justificar la represión sexual necesaria para sostener su hegemonía y a la vez proyectar al cristianismo como religión del amor universal, la teología creó una distinción ingeniosa entre el *loco amor*, sentimiento pecaminoso guiado por la transgresión pasional, y el *buen amor*, identificado con la *caritas* evangélica, compatible con el amor de Dios y el cumplimiento de los mandamientos. Sin embargo el Arcipreste de Hita (S.XIII), así como Chaucer y Bocaccio<sup>6</sup> (S. XIV), entre otros autores de la época, mostraron lo artificioso de esta distinción y lo aglutinadas que suelen presentarse ambas corrientes amorosas. La razón – tal como lo enseña Octavio Paz<sup>7</sup> - es en el fondo muy sencilla: el amor se dirige siempre a un objeto preciso; la *caritas* es universal, abstracta. Por mucho que quiera domesticársele, no puede compararse la fuerza pasional del amor, que justifica el uso del adjetivo *loco*, con la bondad sensata de un sentimiento orientado al bien general. De un lado hay templanza y aceptación, del otro, urgencia y desafío. Los poetas y artistas parecen recordarnos algo que quizás en el fondo siempre hemos sabido: que toda relación que no comprometa profundamente al sujeto, que no interpele sus seguridades y no agite sus temores y deseos más extremos, no merece el nombre de amor. Lo dice, de otro modo, Julia Kristeva en *Historias de amor*:<sup>8</sup> “El amor es el tiempo y el espacio en que el “yo” se concede el derecho de ser extraordinario.” No obstante, en el campo psicoanalítico como un eco de aquellos nebulosos intentos por

---

<sup>4</sup> David-Ménard, Monique (2001), *Todo el placer es mío*, Paidós, Barcelona.

<sup>5</sup> Benjamin, Jessica (1996) *Lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación*, Buenos Aires, Paidós y B., J. (2006) *Sujetos iguales, objetos de amor. Ensayos sobre el reconocimiento y la diferencia sexual*, Buenos Aires, Paidós.

<sup>6</sup> De los citados autores, confrontar *Libro del buen amor*, *Cuentos de Canterbury* y *el Decamerón*, respectivamente.

<sup>7</sup> Paz, Octavio (2001), *La llama doble*, Barcelona, Seix Barral, p. 99.

<sup>8</sup> Kristeva, Julia, Ob. Cit. p.4.

deslindar conceptos y formas del amor hay también aportes significativos que tratan de explicar por qué bajo el mismo rótulo de “amor” se pueden encontrar diferentes experiencias, a veces muy contradictorias entre sí. Otto Kernberg dedica uno de sus mejores libros al tema: *Relaciones amorosas. Normalidad y patología*<sup>9</sup>. En él ha intentado comprender y caracterizar la relación amorosa adulta distinguiéndola de sus desviaciones, estableciendo la divisoria de aguas entre ambos territorios en la posibilidad de constituir una zona común en el ideal del yo de ambos miembros de la pareja amorosa. Su teorización, ortodoxa y rigurosa, se concentra inicialmente en tratar de comprender las bases psicodinámicas de la relación amorosa, entendiendo a esta como la dimensión subjetiva de la experiencia sexual. Plantea una visión del amor, coherente con la línea general de su pensamiento analítico, que remite a las experiencias tempranas y a la teoría de las pulsiones. Kernberg señala tres escalones en la relación amorosa: excitación sexual, deseo erótico y amor sexual maduro. Este último, el amor sexual maduro, es definido como aquello que “expande el deseo erótico y lo convierte en una relación con una persona específica, en la cual la activación de las relaciones inconscientes del pasado y las expectativas de una vida futura como pareja se combinan con la puesta en marcha de un ideal del yo conjunto. El amor sexual maduro implica un compromiso en los ámbitos del sexo, las emociones y los valores.”<sup>10</sup>

Es discutible que muchas de las relaciones amorosas que se llegan a conocer en la vida, en la literatura y en la experiencia clínica, encajen de manera completa en esta definición. Verdad es que la palabra “maduro”, parece restringir el campo referencial y que al autor lo guía el deseo de distinguir lo normal de lo patológico, pero especificar “las expectativas de una vida futura como pareja”, parece no corresponder con muchas formas del amor a las que de todos modos costaría bastante asignarles otro nombre.

A pesar de estas objeciones, encontramos en este autor dos contribuciones relevantes sobre las que nos vamos a detener: su interpretación sobre el recurrente asunto de los aspectos agresivos dentro de la relación amorosa y la formulación de una suerte de ideal del yo común que cohesionaría el vínculo entre los amantes.

En relación al primer punto, o sea el delicado equilibrio que el amor maduro logra entre pulsiones libidinales y agresivas, es necesario entender la correspondencia que el autor plantea entre la evolución psíquica y el desarrollo de diferentes tipos de relaciones desde el comienzo de la vida. Para él el logro de una capacidad madura de amar deriva de dos tendencias anímicas en cierto modo contradictorias. Una es “el empuje regresivo hacia una fusión con el objeto amado, una recuperación por lo menos transitoria de la unidad simbiótica deseada en una relación ideal con la madre. La otra es la tendencia, progresiva, primero, a la

---

<sup>9</sup> Kernberg, Otto (1998), *Relaciones amorosas. Normalidad y patología*, Buenos Aires, Paidós.

<sup>10</sup> *Ibíd*, p. 44.

consolidación de las diferencias entre las representaciones del self y el objeto...”<sup>11</sup> En un momento posterior, agrega Kernberg, esta diferenciación se enriquecerá con la integración de las representaciones “totalmente buenas” con las “totalmente malas” tanto del self, que resulta así mejor consolidado, como también la integración de las representaciones “totalmente buenas” y “totalmente malas” de los otros significativos. Es resumen, las condiciones psíquicas para el amor suponen experiencia simbiótica por un lado y separación - individuación por otro.

En definitiva, sin incursionar en una perspectiva intersubjetiva, ajena a su pensamiento, encontramos en Kernberg una importante atención a la calidad del trato al objeto de amor, no solo como una representación internalizada sino, como persona real. Pero dado que es inevitable que la pulsión agresiva actúe aun en el seno de la relación amorosa: ¿Con qué criterio valoraremos la salud de una relación amorosa? ¿Qué grado de tensión agresiva es tolerable y de qué forma esperaremos que se manifieste? Recogiendo el pensamiento de Balint, Kernberg introduce en la “receta” del amor la identificación con el otro. Esta identificación consigue que los eventuales defectos del partenaire tengan “más o menos la misma importancia que los propios.”<sup>12</sup> Es decir que la capacidad para tolerar la ambivalencia en el seno del propio self es condición necesaria para tolerar la ambivalencia en la relación. Sin embargo no se trata de una tensión entre fuerzas iguales: es necesario que predomine el amor sobre la agresión y esto a su vez, se sostiene en la mutua idealización. Ahora bien, el equilibrio entre las pulsiones opuestas es siempre inestable y estará sujeto a la evolución que cada uno de los integrantes de la pareja tenga en relación a sus propios conflictos intrapsíquicos. Esto exige un trabajo adicional a los amantes, en tanto nunca podrán dar por sentada de manera definitiva la relación. Tal vez la tendencia romántica a ficcionar relaciones perfectas pero alejadas del mundo y la sociedad, encuentre su origen en la convicción de que solo en una suerte de a - espacialidad y a - temporalidad es posible conservar el equilibrio entre las tendencias opuestas. Pero como esto no es posible en el mundo real, los que se aman deberán construir algo equivalente, que en cierto modo “blinde” a la relación, tanto de la circulación descontrolada de las tendencias agresivas internas como de los eventuales ataques envidiosos que puedan venir desde afuera. Es en este punto donde encuentra su anclaje el segundo elemento que hemos elegido destacar entre los que Kernberg identifica: el ideal del yo compartido.

El destino de la pareja estará determinado por las adquisiciones psíquicas previas de cada uno de sus integrantes; en este caso la necesidad de haber establecido el ideal del yo, es decir “la realización sublimatoria de los deseos edípicos”.<sup>13</sup> Esta sería la precondition más importante de la capacidad de enamorarse. De esta manera el logro de una relación de amor

---

<sup>11</sup> Ibíd. p. 73 y sgtes.

<sup>12</sup> Kernberg, Otto, Ob.Cit, p. 115.

<sup>13</sup> Ibíd, p.172.

correspondido significa no solo la realización de una de las metas centrales del ideal del yo, sino la precondition para alcanzar otras. En esto ve Kernberg la razón profunda por la cual las personas se enamoran y tienden a permanecer juntas. “Se va cartografiando, elaborando y modificando a lo largo de los años un conjunto de valores que tienen la adhesión preconsciente de la pareja, y le sirven como límite ante el resto del mundo. (...) Un gesto inesperado de amor, remordimiento, perdón o humor pueden mantener a raya la agresión. La tolerancia a las carencias y limitaciones del otro, así como a las del propio self, se integra silenciosamente a la relación.”<sup>14</sup> Claro que dicha tolerancia no se deriva simplemente de una aceptación pasiva o resignada de tales limitaciones. Es necesario trabajar con ellas, desarrollando una suerte de cultura de la pareja, en cierto modo opuesta a la sociedad, o como dice Kernberg: “un tipo de rebelión compartida contra el convencionalismo”.<sup>15</sup>

Piera Aulagnier, intenta también una distinción entre diferentes formas del amor, con una sofisticada argumentación, en su libro *Destinos de placer*<sup>16</sup>, título que, parafraseando a Freud, plantea la investigación sobre la forma en que el aparato psíquico lidia con la tensión permanente entre las pulsiones de vida y de muerte. Para ella las metas hacia las que puede derivar la búsqueda de placer son tres: alienación, pasión y amor. Cada una tiene su propia estructura si bien en varios aspectos se tocan, lo cual no sorprende si se tienen en cuenta los infinitos relatos y representaciones que ha producido el arte sobre los vínculos sutiles entre las tres áreas. Aulagnier agrupa por un lado a la pasión y a la alienación, en tanto en ambas existe una asimetría entre el yo y el objeto. El yo sólo le reconoce a su objeto o bien el poder de dar placer, o bien el de destruir, y en ambos casos de manera absoluta. La clave dinámica para entender esto es que el placer se ha tornado en necesidad y es vivido según la urgencia que es propia de esta última. El amor en cambio es para esta autora el prototipo de las relaciones de simetría. Lo característico de lo que P. Aulagnier llama relación amorosa es por un lado que la catectización privilegiada del objeto de amor *no* es exclusiva, y por otro que incluye la perspectiva de que el objeto amado pueda ser también fuente de sufrimiento, es decir que sea reconocido como otro yo, tal como más recientemente lo ha señalado Jessica Benjamín.

A esta altura cabe pensar que lograr una relación amorosa verdaderamente simétrica es más complicado de lo que aparenta y ciertamente exige un grado de madurez y de equilibrio psíquico que es posiblemente bastante más escaso de lo deseable. Tal vez por esto Octavio Paz dice en *La llama doble*<sup>17</sup> que “el amor es una pasión que todos, o casi todos veneran, pero que pocos, muy pocos, viven realmente.” En todo caso notemos que comprender al amor requiere además de un encuadre teórico, una referencia cultural concreta. No puede hacerse

---

<sup>14</sup> Kernberg, Otto, ob.cit. p.173.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p.178.

<sup>16</sup> Aulagnier, Piera (1994) *Los destinos de placer. Alienación, amor, pasión*. Buenos Aires, Paidós.

<sup>17</sup> Paz, Octavio, Ob. Cit., p. 119.

un análisis del sentimiento amoroso sin examinar el contexto histórico y social donde acontece, la “subjetividad de época” como diría I. Lewcovicz<sup>18</sup>. Hay un relato de engañosa universalidad con respecto al amor que se construye siguiendo un derrotero preciso en Occidente: hunde sus raíces en la antigüedad, cristaliza en las cortes provenzales del sur de Francia durante el Siglo XII y alcanza su culminación durante el Romanticismo a lo largo del siglo XIX. Pero en el Siglo XX, y sobre todo en el despuntar de este siglo, al igual que lo ocurrido con otras narrativas de intención canónica, el amor de Tristán e Isolda, el de Romeo y Julieta, el de Werther por Carlota o el de Florentino Ariza por Fermina Daza, pueden todavía conmovernos, pero cada vez representan menos un ideal que desearíamos vivir en la realidad. ¿Será de lamentar que las relaciones amorosas tengan hoy un desarrollo menos intenso y más cambiante de lo que parecía mostrar el relato arquetípico? La insistente metáfora de la fluidez que Zygmunt Bauman usa para describir el formato de la cultura actual, alcanza también el campo de las relaciones amorosas en su libro *Amor líquido*<sup>19</sup>. La labilidad que observa en los vínculos amorosos, la fragilidad en los niveles de mutuo compromiso y la tendencia a postergar las relaciones que implican convivencia, dibujan, a su entender, un escenario más en el que se manifiesta la tendencia al consumo hedonista, como una suerte de nueva anti – utopía. Sin embargo no todos piensan igual. Otros autores que se han ocupado del tema son menos críticos con el amor en los tiempos actuales y ven en las nuevas relaciones de género la semilla de un orden social menos violento. En el relato amoroso arquetípico de occidente la idealización y el sojuzgamiento de la mujer aparecen como dos aspectos complementarios pese a que superficialmente parecen ser opuestos. Si reparamos en que la retórica amorosa ha sido formulada mayormente por el género masculino, hay derecho a pensar que en la historia amorosa típica el hombre huye de la relación profunda con la mujer, y trata de conocerla solamente a través de las actitudes opuestas de la contemplación y la posesión.

Jessica Benjamín en *Lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación* considera que la estructura ideológica de la dominación patriarcal es la responsable última del desencuentro amoroso violento. Dice al respecto: “He sostenido que la dominación es una deformación de las cadenas del amor. La dominación no reprime el deseo de reconocimiento; lo pone a su servicio y lo transforma,...comenzando por la fractura de la tensión entre el sí mismo y el otro.”<sup>20</sup> La dinámica violenta de muchas relaciones de pareja se

---

<sup>18</sup> Lewcovicz, Ignacio, Apuntes del curso sobre “*La subjetividad en la Era de la Fluidez. Lógicas, prácticas, estrategias*”, dictado en AUDEPP, 30 de agosto y 20 de setiembre de 2002.

<sup>19</sup> Bauman, Zygmunt (2005) *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

<sup>20</sup> Benjamin, Jessica (1996) *Lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación*, Buenos Aires, Paidós, p.269.

funda en una internalización de esta concepción alienante del amor. Como se puede suponer, este camino cuestiona algunos supuestos sobre los que se funda una ética del amor.

Es el caso de François Jullien, filósofo francés y destacado sinólogo. Su planteo entiende la crisis del discurso amoroso como un aspecto más de la declinación que la hegemonía cultural occidental de origen europeo va experimentando en todos los planos. En su libro *Lo íntimo, lejos del ruidoso amor*<sup>21</sup>, luego de un pormenorizado análisis de las diferencias lingüísticas con las que se denominan las relaciones afectivas intensas entre las lenguas occidentales y las orientales, concluye que el concepto de intimidad sustituye con ventaja la idea del amor. En la intimidad coexistirían el reconocimiento del otro y el acceso más profundo que nos es posible a nosotros mismos. De ese modo la posesión, la duda y el odio destructivo que acechan detrás del encuentro en el discurso y la experiencia amorosa, cederían su lugar “al camino discreto de lo íntimo”. La excepcionalidad frágil y dramática del amor, es sustituida por una experiencia cotidiana siempre en desarrollo.

En todo caso el planteo de este pensador nos exige como psicoanalistas un esfuerzo por conceptualizar teóricamente sus observaciones acerca de la intimidad y confrontarlas con los nuevos relatos de amor que escuchamos a diario. Los desarrollos que nuestra disciplina ha realizado sobre la sexualidad y los afectos tal vez no agoten el tema, pero creemos que estos avances, especialmente los de los autores citados en este trabajo, son la base para una mejor comprensión del amor y de los nuevos formatos vinculares en los que se seguirá desplegando.

.....

---

<sup>i</sup> Luis Correa Aydo, psicólogo, profesor de literatura, terapeuta de línea psicoanalítica.  
Socio de AUDEPP (Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica)  
Carlos Berg 2539, CP 11300, Montevideo, Uruguay.  
+ 598 96 458 705  
[lcorreay@gmail.com](mailto:lcorreay@gmail.com)

**DESCRIPTORES: Intersubjetividad; amor/odio; amor/pasión; lo íntimo**

---

<sup>21</sup> Julien, Francois (2016), *Lo Íntimo. Lejos del ruidoso amor*, Buenos Aires, El cuenco de plata.

---

## RESUMEN

Nos interrogamos en este trabajo acerca de las herramientas teórico – conceptuales con las que el psicoanálisis piensa al amor, discutiendo si existe o no una teorización psicoanalítica específica al respecto.

Hay en el campo psicoanalítico intentos por deslindar conceptos y formas del amor, aportes que tratan de explicar por qué bajo el mismo rótulo de “amor” se pueden encontrar diferentes experiencias, a veces muy contradictorias entre sí. Entre esos intentos nos remitimos a Otto Kernberg y a Piera Aulagnier. Desde diferentes perspectivas, ambos autores intentan diferenciar las experiencias amorosas que sostienen la vida y aquellas otras atravesadas por la sombra de la muerte y del dolor. Ya en una clave más atenta a los aconteceres culturales nos detenemos en la intersubjetividad en psicoanálisis y dentro de esta temática en los aportes de Jesica Benjamin, para culminar abriendo interrogantes sobre el futuro del entramado simbólico que configura el amor, atendiendo a las ideas de Francois Jullien sobre la intimidad, “más allá del ruidoso amor.”